**Cuarto domingo de Pascua (Madre Alberta)**

Al igual que el buen Pastor, nuestra Madre atiende a nuestras necesidades, nos conoce por nuestro nombre, intercede en favor nuestro, nos protege, y no deja que ninguna de sus ovejas se pierde… nos lleva de la mano hacia Jesús, ya lo decía Madre Alberta: **“Con la protección de la Virgen Santísima, todo resultará bien”** (C. 324)

Vamos a pedirle a la Virgen de la Pureza, que nos haga reposar en la Palabra que hoy su hijo nos regala en el Evangelio… Sí, la Palabra es como esa verde pradera donde nuestro corazón puede descansar, en ella podemos encontrar una fuente de vida que nos de la paz… Depositemos nuestro corazón a la Virgen, que ella nos indique el camino y nos enseñe a acoger estas Palabras de Vida eterna.

**Primer misterio: «Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco…»**

Hoy, la mirada de Jesús sobre los hombres es la mirada del Buen Pastor, que toma bajo su responsabilidad a las ovejas que le son confiadas y se ocupa de cada una de ellas. Entre Él y ellas crea un vínculo, un instinto de conocimiento y de fidelidad: «Escuchan mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen» (Jn 10,27). La voz del Buen Pastor es siempre una llamada a seguirlo, a entrar en su círculo magnético de influencia.

Pidámosle a nuestra medianera, nuestra Madre de la Pureza, que nos despierte de nuestra capacidad de escucha, para que podamos escuchar su voz, y como Madre Alberta digamos: **“Seguiré constantemente tus huellas y no te abandonaré”**

**Segundo misterio: «…Y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna»**

Jesús constantemente llama, atrae y no deja nunca de insistir. Él camina delante para marcar el camino, a nosotras sus ovejas, camina a nuestro lado como el amigo que acompaña y es descanso, camina detrás como el que impulsa, rescata y levanta. Escuchar su voz y responder a su llamada es lo único que a nosotros nos toca…

Pidámosle a la Virgen que nos dejemos seducir por esa voz del buen pastor, que no desoigamos su llamada, esa que nos llama por nuestro nombre para que nos conduzca por fuentes de agua viva, pues como decía Madre Alberta: **“Todo nos abandonará, menos nuestro Señor Jesucristo”** (EE.323)

**Tercer misterio: « No perecerán para siempre y nadie las arrebatará de mi mano…»**

Esta fue siempre la certeza de Madre Alberta, que supo ver la mano de Dios que conducía su vida. En una de sus carta escribe: **“Estese usted tranquila y abandónese por completo en manos de la providencia que vela por nuestro bien y no desoye al justo y humilde de corazón” (C. 9)**

Madre de la Pureza, que al igual que Madre Alberta, anide en nuestro corazón, la certeza de que Dios no nos abandonará, porque si ha sido Dios quien nos ha llamado, quien nos ha traído, quien ha entregado a su Hijo por nosotros, ¿Quién podrá alejarnos de ÉL?... nadie podrá apartarnos del amor de Cristo… nos cuida y nos lleva en sus manos…

**Cuarto misterio: « Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre.»**

Para Cristo, nosotros somos un regalo de su Padre que está en el cielo. Pero además, Él nos ha ganado no solamente con su ejemplo y con su doctrina, sino con el precio de su Sangre. Le hemos costado mucho, y por eso no quiere que nadie de los suyos se pierda…. Nadie se las puede arrebatar…

Una de las características de Madre Alberta era su abandono en estas manos, en la providencia, toda su vida se ve marcada por un dejarse hacer en las manos de Dios. Es sorprendente detenerse en esta virtud que la identificaba…. Cómo a pesar de las dificultades, ella saliendo de si, simplemente confía y se entrega a lo que Dios quiere: “**Dejemos venir las cosas por sus pasos”** (C. 302). Su corazón, abandonado en la providencia, esta firme porque es Dios quien la sostiene, y descansa con la certeza de que nadie puede arrebatarla de esas manos…

Madre de la Pureza, que como Alberta, también nosotros tengamos la certeza de que Dios está siempre con nosotros, para que nuestro corazón sea capaz de abandonarse sólo a Él.

**Quinto misterio: « Yo y el Padre somos uno».**

Buen pastor, Te pedimos ser uno contigo… haz que nuestra vida sea reflejo de tu Evangelio, que nuestra mirada permanezca fija en tus huellas… y no permitas que una de tus ovejas se pierda…

Que a ejemplo de Madre Alberta, seamos dócil a tu voz y pronta en nuestra respuesta. No permitas que nos hagamos las sordas. Y ayúdanos a verte en medio de tanto ruido y a reconocer tu grito entre los más necesitados de nuestro alrededor, y con ella digamos: **“No quiero ni aspiro sino que se cumpla en todo la voluntad de Dios”** (C. 367)